

abril de 1927.

Recluido en su casa y dedicado a su labor, fué uno de los *nuestros*, de los que más íntimamente comulgaron en el espíritu de la Institución, a la que le unieron siempre la idéntica apreciación de la trascendencia de la obra educadora y la decidida vocación pedagógica.

Prestó la colaboración más entusiasta, más seria y más eficaz a nuestra labor, debiendo a sus enseñanzas grandes provechos los alumnos de la antigua Sección 6.^a; y en su postrera voluntad ha favorecido a la Institución con un importante legado.

Su nombre, estrechamente unido al de Antonio Vinent, nuestro querido Presidente de la C. A. A., su memoria y su vida ejemplar tendrán siempre el cariño y el culto de todos nosotros.

PEDAGOGÍA

FILOSOFÍA DE PESTALOZZI

por el Dr. A. M. Aguayo.

1. Introducción.—¿Tuvo Pestalozzi un sistema filosófico? Parece extraña esta pregunta, tratándose de un hombre que, según propia confesión, «se hallaba desde la edad de 20 años reñido con la Filosofía» (1). Pero, como observa muy atinadamente el Dr. Uphues (2), el libro *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, de donde se toma dicha cita, contiene muchas y muy penetrantes reflexiones filosóficas. A los pocos meses de su aparición (1801), Fichte lo encomió diciendo que era «el único medio de hacer aptos a los hombres para la comprensión de la Filosofía». Pestalozzi mismo se dió cuenta del valor de sus esfuerzos y meditaciones, pues en 1820, prologando la segunda edición de la obra mencionada, expresa su confianza de que algunas de sus ideas tengan solidez desde un punto de vista filosófico. Y quien lea atentamente los escritos del gran maestro

de Zurich no podrá menos de observar que nunca se contenta con la mera exposición de hechos empíricos, sino trata siempre de llegar hasta la médula de los principios. Ciertamente que a Pestalozzi le falta claridad y precisión en el análisis de las ideas; pero, en cambio, sus síntesis revelan una gran profundidad y, como todo lo que es verdaderamente profundo, mucha claridad y sencillez.

Pestalozzi se distingue por su sensibilidad casi morbosa y la exuberancia de su vida afectiva. Es un corazón abierto a todos los dolores e inquietudes de sus semejantes. Esta riqueza de emociones, unida a la escasez de su instrucción, explica el desorden, la incongruencia y confusión de sus escritos. «Nada más incoherente — dice uno de sus biógrafos — que sus Cartas a Gessner, las cuales constituyen, sin embargo, el mejor de sus libros. Las ternuras sentimentales de un corazón que se desborda, los apóstrofes y las invocaciones, todo ello en un lenguaje profético y declamatorio, están incesantemente cortando y rompiendo la trama flotante del razonamiento... A cada momento, su imaginación se escapa... A cada instante se ve obligado a abandonar las largas discusiones en que se pierde, diciendo: «Vuelvo a mi asunto», «Reanudo mi exposición...» Lo que afirma Herder de las *Investigaciones sobre la marcha de la Naturaleza en el desarrollo del género humano* es aplicable a todos los demás escritos de Pestalozzi: «En este libro no hay nada ajeno; lo mismo cuando fluye con suavidad que cuando marcha impetuosamente, la corriente de las ideas brota siempre del corazón.»

En Filosofía, lo mismo que en educación, Pestalozzi fué siempre un empirista. En sus escritos no cesa de decir que sus ideas eran hijas legítimas de su experiencia; que en sus trabajos ha partido siempre de hechos e intuiciones, y que ni su vida ni sus aptitudes le han dado fuerzas para perseguir ideas claras, antes que las mismas estén apoyadas en los hechos. Sin embargo, el empirismo de Pestalozzi dista mucho de ser un simple tanteo de experiencias formadas al azar. Su obra de maestro está

(1) *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, Carta VI.

(2) *Pestalozzi's Psychologie und Ethik*, en el «Enzyklopaedisches Handbuch der Paedagogik», de W. Rein, vol. VI.

subordinada a un fin, y este fin — dice en la *Idea de una educación elemental* — no es otro que el desarrollo de la naturaleza humana, «punto de partida y centro de toda educación».

2. Psicología de Pestalozzi. — Es inútil buscar en Pestalozzi un sistema de psicología. Sus opiniones acerca de la mente humana se hallan tan estrechamente unidas a sus ideas pedagógicas, que es muy difícil, si no imposible, separarlas de de estas últimas. No obstante, el autor de *Leonardo y Gertrudis* concedió siempre a la psicología una importancia extraordinaria, y hasta hizo de ella la piedra angular de su pedagogía. Creía que hay un orden natural en el desarrollo del espíritu infantil, y que, por tanto, el maestro debe conocer las leyes de ese orden para basar en ellas el proceso de la educación. El niño — dice en su primera Carta a Gessner (1) — «necesita desde su más tierna edad una dirección psicológica para obtener una intuición razonable de todas las cosas».

Esta preocupación por el estudio del desarrollo espiritual hizo de Pestalozzi un atento observador de la naturaleza infantil, si bien no es muy seguro, como observa el Dr. Uphues, que sus lucubraciones pertenezcan a la psicología más bien que a la antropología. Cada vez que sus escritos mencionan la palabra psicología, el pensamiento de Pestalozzi parece dirigido a la naturaleza humana y a los elementos que la constituyen. Sin embargo, Pestalozzi entiende con frecuencia por naturaleza humana algo que es de carácter psicológico o mental. Cree que la naturaleza del hombre se compone de tres poderes o capacidades, que llama algunas veces *espíritu, corazón y cuerpo*, y en otras ocasiones, *cabeza, corazón y mano*, o bien *espíritu, corazón y arte*, o *poderes morales, mentales y físicos*. Al alma (o conciencia, como también la denomina) corresponde el dominio del cuerpo, a fin de que éste pueda expresar los pensamientos y realizar los fines del espíritu.

(1) *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos.*

La clasificación pestalozziana de las facultades del alma (*conocer, poder y querer*) parece tomada de Wolff. En ella no figura de un modo expreso el sentimiento considerado como facultad autónoma. Es bueno advertir, empero, que el autor del *Canto del Cisne* emplea a menudo, como equivalente a voluntad, la palabra *corazón*, y que ésta comprende evidentemente el sentimiento. Por otra parte, en las Cartas a Gessner distingue claramente las facultades de *sentir, actuar y pensar*.

Pestalozzi es partidario de la psicología de las facultades consideradas como fuerzas o poderes que existen separadamente y se desarrollan de acuerdo «con sus leyes propias e invariables». Esta creencia debería conducirle a la teoría de la transferencia de los hábitos o disciplina formal, la cual sostiene que en el desarrollo de las facultades o poderes del alma es en absoluto indiferente el asunto o materia con que las mismas se ejerciten. De acuerdo con esta doctrina, el desarrollo es siempre formal y puede transmitirse a actividades no ejercitadas previamente. Pestalozzi, empero, jamás llegó a esta conclusión, y en el *Canto del Cisne* habla de los hombres de vasta cultura que, fuera de los límites de sus profesiones e intereses, piensan, meditan e investigan torpemente. Convencido de la igualdad originaria de todos los hombres, Pestalozzi atribuye esta aparente anomalía a las deficiencias de la educación, la cual no supo dirigir psicológicamente el desarrollo del pensamiento desde los primeros años de la niñez.

Para Pestalozzi, el problema básico de la vida mental del hombre, problema del cual depende toda la obra de la instrucción, es el paso de las intuiciones oscuras a las ideas claras. Por intuición entiende todo contenido de nuestra experiencia, y por idea, todo fenómeno mental relacionado con la naturaleza invariable de una realidad. «Todas las cosas — dice en *Cómo Leonardo instruye a sus hijos* (5.^a Carta) — no son para mí medios de adquirir nociones exactas, sino en cuanto los fenómenos con que ellas se presentan me hacen llegar de un modo perfecto a su mane-

ra de ser inmutable e invariable, más bien que a sus condiciones mudables o sus propiedades». No es la imagen de una circunferencia o una elipse trazada en el papel o en la pizarra lo que nos da una idea de la forma de esas curvas, sino la ley a que están sujetas. «Esta ley—agrega—es la esencia inmutable e invariable que encuentra su expresión en el concepto.»

En la novena Carta a Gessner, Pestalozzi declara que la intuición es el fundamento absoluto de todo conocimiento. Mas poco después, en la décima carta, sostiene que el último medio para llegar a las ideas claras es la definición. Definición—agrega—es la expresión verbal de la naturaleza de un objeto, expresión que no contiene ninguna verdad fundamental sino en cuanto el niño tiene con viva claridad conciencia plena del fondo sensorial de dicho objeto.

Hay, pues, en el conocimiento algo nuevo y esencial que no corresponde a la sensación, algo que constituye una creación del espíritu humano. Este elemento nuevo, esta esencia del pensamiento, es la abstracción. Mediante la reunión de objetos de una misma naturaleza desarrollamos, precisamos y afirmamos de una manera positiva y general nuestros conocimientos sobre la verdad real e íntima de las cosas. La abstracción debe, pues, preceder a la generalización, la cual no nos ofrece lo constante en una cosa ni lo semejante en una variedad de cosas.

En la sexta carta de *Cómo Leonardo enseña a sus hijos*, Pestalozzi declara que los elementos de todo conocimiento intuitivo, y, por consiguiente, los medios elementales de toda enseñanza, son el número, la forma y la palabra, fundamentos—agrega—de la numeración, la medición y la lectura, respectivamente. El número, la forma y la palabra se hallan, según Pestalozzi, en todos los objetos, mientras ninguna de las otras propiedades sensoriales (para él el número es un producto de la intuición) tiene un objeto común a todos los demás. En este particular, la psicología de Pestalozzi está plagada de confusiones y de oscuridades. El autor

del *Canto del Cisne* no se da cuenta de las dificultades inherentes a las ideas del número, la forma y la palabra. No echó de ver que la idea de forma nada tiene que ver con la operación de medir, que la de unidad no se obtiene simplemente por la aprehensión de un objeto separado de los demás, y que la palabra, si bien va unida comúnmente a nuestras ideas e intuiciones, no constituye el único medio de expresión de las mismas, ni es esencial para la formación de una idea clara. Como decía el filósofo Fichte en sus *Discursos a la nación alemana*, la claridad de un conocimiento se funda por entero en la intuición, y todo aquello que nos representamos con la fantasía será tan conocido por medio de un vocablo como puede serlo sin ayuda de éste.

La actuación o aspecto práctico de la conciencia es llamada por Pestalozzi unas veces *arte*, otras *poder*, y en no pocas ocasiones, *cuerpo, mano o fuerzas física*. Es claro que alguna de estas expresiones está usada en sentido figurado, y todas ellas, lo mismo que el lenguaje, significan un poder, en parte físico y en parte mental, equivalente al de *facultad de expresión*: expresión por medio de imágenes, palabras, acciones y trabajos. Este poder, correspondiente a la *actividad poética* de Aristóteles, es de un estudio muy difícil en los escritos de Pestalozzi, donde siempre se encuentra mezclado con lucubraciones didácticas. En su trabajo *A la inocencia, la seriedad y la nobleza de mi siglo y de mi patria*, Pestalozzi advierte que el impulso capaz de producir el desarrollo físico es en parte una necesidad orgánica, y en parte se halla también animada por el espíritu. Considerada desde el primer punto de vista pertenece esencialmente a la vida animal; el segundo aspecto constituye, junto con la moralidad y poder espiritual del niño, un impulso superior de nuestra naturaleza, impulso que da carácter distintivo a la naturaleza humana. La fuerza humana—afirma también en el libro de las *Fábulas*—es una fuerza subordinada a nuestro espíritu, a nuestra mano y a nuestro corazón. El germen del arte

humano—agrega—brota de lo más íntimo de nuestro ser, de una profunda conexión de nuestros poderes morales, espirituales y físicos.

La parte más débil de la psicología de Pestalozzi es la que trata del sentimiento, llamado por él unas veces *corazón*, y otras *voluntad* o *moralidad* o *disposiciones morales*. Estas expresiones parecen indicar que sus estudios sobre el sentimiento pertenecen a la moral más bien que a la psicología. En algunos pasajes de sus obras, nuestro filósofo emplea repetidamente el vocablo *sensación* en el sentido de sentimiento; pero, en general, no cabe duda de que emplea este último vocablo en la acepción hoy admitida por todos los psicólogos.

Respecto a la voluntad, Pestalozzi no la distingue a veces del sentimiento o corazón, y otras veces habla de la cabeza, el corazón y la voluntad como tres poderes de los cuales brotan, respectivamente, el pensamiento, el sentimiento y la acción.

El rasgo esencial de la voluntad es, según el gran maestro suizo, la libertad tomada en la acepción de libertad de elección. Pestalozzi cree que la libertad moral sólo puede alcanzarse mediante el ejercicio de la libertad de elección. «La voluntad del hombre—dice en el *Discurso en su casa*, del 12 de enero de 1818—es libre. El hombre tiene una conciencia. La voz de Dios habla en cada hombre y lo convence de lo que es bueno, malo, justo e injusto. El hombre puede escuchar en sí mismo esta voz de Dios y vivir en la plena libertad de su voluntad. Puede cerrar también su oído a la voz de Dios, a la voz de su conciencia.» En otro escrito, la libertad moral es definida de este modo: es «la propiedad de mi ser mediante la cual me siento independiente de mis apetitos animales».

«Quien crea—dice Uphues—en una libertad moral, también ha de juzgar posible una influencia sobre nuestra voluntad.» Así también lo entiende Pestalozzi, quien habla repetidamente de la influencia del cuerpo (*Fleisch und Blut*) sobre la voluntad, de la formación de ésta por el educador; pero es claro que los indeterministas, entre los cuales se cuenta Pestalozzi, no

podrían aplicar al espíritu la ley de la causalidad, tomada en su significación corriente. Pestalozzi no nos dice cómo se salva esa dificultad.

3. Moral de Pestalozzi.—En las *Investigaciones sobre el curso de la naturaleza en el desarrollo del género humano*, se halla claramente expuesto lo que Pestalozzi entiende por moralidad. El gran maestro distingue tres estados sucesivos en el desarrollo humano: el *estado animal*, el *social* y el *moral*. En el primero domina el instinto. El hombre es entonces un egoísta innato, inofensivo y bondadoso, pero sin religión ni moralidad. En este estado se halla el niño cuando viene al mundo.

La necesidad hace que el hombre pase al estado social. Fundamento de este último es la voluntad colectiva, que limita el egoísmo de cada uno en beneficio de los fines sociales. Característica de este estado es el *derecho*: es una situación jurídica en que el hombre no es aún un ser moral. En el estado social—observa Pestalozzi—podemos vivir sin moralidad y hacernos mutuamente el bien y observar la justicia y el derecho sin el menor asomo de moralidad. Pero en esta situación brota en lo más íntimo de mi ser la necesidad y el sentimiento de que en mi mano se halla la posibilidad de convertirme en un ser más noble de lo que la Naturaleza y la sociedad han hecho de mí.

Esta alta concepción de la moral, expuesta en 1797, está de acuerdo con las ideas sostenidas unos 30 años después en el *Canto del Cisne*. Pestalozzi cree que ni aun el amor considerado como una benevolencia sensible (*sinnliches Wohlwollen*) constituye la moralidad. Esta, a su juicio, no tiene otro fundamento que la religión. Considerado en sí mismo, el hombre no es moral. La moral no es más que el modo de ennoblecer la voluntad, o, en lenguaje común, de hacer el bien en la medida de mi saber y teniendo en cuenta mis relaciones como padre, hijo, súbdito, hombre libre y esclavo. El hombre no puede llegar a ese alto nivel de desarrollo sin el auxilio divino. Sólo la religión nos permite combatir

la parte animal y sensual de nuestro ser. El hombre no halla sosiego hasta que puede desterrar de sí mismo y de su especie su sensualidad animal. Pero el hombre no posee en sí mismo la fuerza necesaria para satisfacer esta necesidad. Por eso en sus combates morales debe procurar el auxilio de Dios. Sin la gracia divina, es imposible el dominio del espíritu sobre la carne.

Este profundo y sincero sentido religioso caracteriza la moral de Pestalozzi. También domina su sistema pedagógico. Para el gran maestro de Zurich, el espíritu humano no está en sus poderes o facultades. Su verdadera fuerza se halla en la fe y en el amor. Con ayuda de ambos, los poderes psíquicos se convierten en fuerzas verdaderamente humanas. Aquéllos son lo eterno, lo divino que existe entre nosotros. «La creencia en Dios — dice en las *Velas de un ermitaño* — es el origen de todo el sentido fraternal de la humanidad; es la fuente de toda justicia... El pecado es causa y efecto de la incredulidad. El pecado es la acción de los hombres contra el testimonio interior de nuestra naturaleza para lo justo y lo injusto... La execración de un pueblo contra los pecadores públicos es la garantía y el sello de la creencia nacional y del sentimiento filial del pueblo hacia el supremo señor.»

Una de las creencias básicas de Pestalozzi es la que se refiere a la persistencia del alma después de la muerte. Esta opinión armoniza bien con sus ideas morales. En su *Discurso de año nuevo* (1811) dice que «el hombre se eleva en sí mismo sobre su naturaleza animal por lo puramente divino, por su espíritu, su corazón y su arte, y es por ello eterno». Aquí la eternidad parece concebida como una gracia de Dios, de la que sólo participa el que lucha por su perfeccionamiento moral.

Para Pestalozzi, la religión constituye la cúspide de la moral. Sin el auxilio de ella, la vida moral es imposible, y, por lo tanto, la creencia en Dios y el amor al mismo vienen a ser la esencia de moralidad. La religión — afirma el solitario de Neu-hof — es el esfuerzo del espíritu para regular el cuerpo (*das Blut und Fleisch*) me-

dante la dependencia en que nos hallamos respecto al Creador. Con estas palabras, Pestalozzi se eleva, como dice Uphues, a la concepción más alta de la religión a que el hombre, desde un punto de vista filosófico, puede llegar. *La religión no es otra cosa que la creencia en el triunfo final de lo bueno, incorporado en Dios.*

SOBRE «EL CANTO DEL CISNE», (1)

por José Mallart

Desde hace tiempo tenía «La Lectura» el propósito de ofrecer al público de habla española una edición de este *Canto del Cisne*, que había de servir para continuar la serie de obras pestalozzianas de la colección de la casa. La ocasión de celebrarse el centenario de la muerte del gran pedagogo, y el deseo de sumarse al homenaje de recuerdo que preparan para este año de 1927 la mayor parte de los centros de estudios pedagógicos del mundo, hace que del propósito se pase a la realización. ¡Excelente motivo para presentar una obra que constituye el testamento pedagógico de Pestalozzi, escrito en plena conciencia de una vida que va a dejar de existir y que quiere legar a la Humanidad el fruto de sus desvelos! Esta obra, resumen de sus obras y de su vida, dedicada a la posteridad para justificación íntima de una actividad intensa, desarrollada en la agitación y en las preocupaciones por realizar ideales fuertemente deseados, tiene que pasar a primer término de consideración en estos momentos de tributación de agradecimiento humano a la gran obra del educador suizo. Pero hay que ver en ella algo más que un valor ocasional.

Varias de las obras de Pestalozzi habían sido traducidas al español; algunas de ellas — *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, especialmente — han merecido varias ediciones en lengua castellana. ¿Por qué el *Canto del Cisne* no había sido vertido a

(1) Este trabajo es la introducción que figura al frente de la edición española del *Canto del Cisne*, de Pestalozzi. — Madrid. Ediciones de «La Lectura», 1927.

este idioma, que sepamos, hasta ahora?

Se ha dicho que las últimas obras de Pestalozzi, y, por tanto, este *Canto del Cisne*, tienen el carácter depresivo que les da la vejez resignada del autor que ve esfumarse los ideales más arraigados de su vida. Pero se puede afirmar seguramente con más veracidad lo contrario, ya que con su infatigabilidad y su insistencia en el desarrollo de su idea de la educación y de las posibilidades de aplicación de ésta, estimulada en la acción tenaz, y con sus notas sinceras sobre las dificultades en que se ha encontrado, ofrece uno de los ejemplos más edificantes de perseverancia y de lucha por la consecución de un ideal de perfeccionamiento social. El *Canto del Cisne*, en su totalidad, es un estímulo optimista. Después de los sinsabores y de las luchas poco favorables que había tenido que sostener el autor por la realización de sus ideas pedagógicas, sublimiza sus amarguras, pensando en el porvenir próximo, al cual dedica sus últimos esfuerzos de propagandista.

Parecería lo natural que a los 80 años un hombre que ha tenido serios fracasos en la vida, que los reconoce y los confiesa, tal vez exagerando la nota desfavorablemente para él, se mostrara abatido y desengañado, contentándose con repasar los pocos momentos de alegría y de plenitud, para satisfacción y expansión de su personalidad. Pero su mundo de recuerdos lo constituyen los sacrificios que ha sobrellevado en sus intentos de realización de sus ideales. Más que una confesión sobre su pasado, el *Canto del Cisne* es una profesión de fe en el porvenir; más que el canto fúnebre de una vida que se extingue, es un himno de vitalidad nueva, cuya proximidad se anuncia con el desenvolvimiento de su idea de la educación.

Tal vez no se haya visto acentuada en esta obra la nota de pesadez de estilo con que se suelen señalar los escritos del gran educador. Pero seguramente en ella se encuentra más depurado que en ninguna otra obra de Pestalozzi el calor del apóstol. La exposición de la doctrina de la educación elemental tiene aquí el influjo de la

experiencia de toda la vida encaminada a la adaptación, con todas sus dificultades y fracasos, a pesar de los cuales se presenta a cada momento encendido el entusiasmo por la idea, y se dan normas para hacerla aplicable a todas las clases sociales, para bien de la Humanidad.

Si se quiere penetrar en la concepción pedagógica de Pestalozzi, tal como se presentaba en la plenitud de sus entusiasmos, se acudirá, tal vez con ventaja, a su obra *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*; pero si se trata de comprender la vida entera del gran filántropo y lo que significan sus ideas pedagógicas como sistema debidamente contrastado, hay que acudir al *Canto del Cisne*.

La senectud puede haber disminuído algo la lucidez de pensamiento y de exposición al escribir esta obra. Pero la vida agitada de Pestalozzi, sus lucubraciones, sus fogosidades idealistas, necesitaban seguramente el temple de toda la experiencia, de todos los desengaños que a la época en que escribió esta obra se habían consumado. Con esto no queremos confundir, como han hecho bastantes, los fracasos económicos y la falta de tacto con lo que constituye el fondo pedagógico de las realizaciones; antes bien, creemos que sus escasas dotes de organizador y sus malas condiciones de director y de maestro le hicieron pesar y medir mucho sus ideas, subordinadas exclusivamente al deseo de hacer bien a sus semejantes. La llama de su entusiasmo estaba demasiado encendida para que la apagaran los contratiempos exteriores; éstos servían únicamente para purificarla, para reafirmarla en su brillantez.

Pestalozzi no fué esclavo de sus opiniones, antes al contrario, su vida fué un eterno ensayo. Rectificó siempre que creyó con ello servir al bien general. Y llegó el momento de escribir el *Canto del Cisne*, con sus mismas preocupaciones por hacer asequible y provechosa la educación, por corregir los defectos de la sociedad, por traía sus soluciones mejor pensadas y elaboradas.

Por eso, aparte del interés autobiográfico, esta obra tiene un alto valor didácti-